



MERCADO MUNICIPAL DE SEGOVIA

EL MERCADO DE DOÑA TECLA

M^a ANTONIA CASTRO

Doña Tecla era una deliciosa ancianita, menuda y pizpireta, con unas inmensas gafas de cristal y unos enormes ojos azules que querían verlo todo. Con su capa-cho al brazo y su toquilla de colores, bien tempranito salía cada mañana a comprar al mercado.

Su escasa formación y su trabajo como ama de casa le había condicionado a una vida social escasa, salvo cuando iba al mercado. Conocía y charlaba con todos y todos la respetaban. Por ello, su vida giraba en torno al mercado, como una rueda en torno a su eje. El mercado se había convertido en el cordón umbilical de su existencia, sin el cual no podía ni pensar, ni comer, ni sentir, ni vivir. Sin el mercado se encontraba vacía.

Era tan obsesiva su relación con el mercado que no podía darse cuenta de cómo las novedades tecnológicas incidían sobre las costumbres sociales: los supermercados, las tarjetas de crédito, las comunicaciones vía satélite, las redes internacionales.

–Todo eso es para los jóvenes– repetía molesta una y mil veces. Tenía miedo. No quería cambiar de forma de vida y encontrarse perdida.

¡Cuántas veces había fracasado su nieto al convencerla de las ventajas de las compras vía telemática!

–Mira abuela, si es muy fácil– le explicaba con tranquilidad–. Sólo tienes que enchufar y dar a esta tecla. Te aparecerá en pantalla todo lo que tienen fresco, del día. Sólo tienes que teclear el pedido. Si quieres te lo hago yo.

–Para teclas, yo– respondía Doña Tecla.

No. A ella que la dejaran con su mercado a la vieja usanza. Se acostaba pensando y visualizando las vivencias de ese día, y al amanecer ya estaba arreglándose emocionada para participar en la actividad diaria de la plaza.

El mercado, ese mercado, su mercado, le fascinaba; no por la dinámica de la oferta/demanda de los productos, no. No entendía nada de las consecuencias de la PAC, ni de los acuerdos del GATT, ni de los temas pendientes con respecto a la reforma de los sectores del arroz, del vino, de frutas y hortalizas, del lácteo, o del vacuno.

Pertenecía a la vieja generación donde un duro tenía el valor de un duro y cundía como cinco pesetas. Es más, ahora, con el dinero que tenía para comprar se consideraba a sí misma como una millonaria aparente. Lo constataba cada mañana. Salía a comprar con “una millonada de duros” y a medida que iba haciendo la compra esa millonada de duros se iban convirtiendo en cuatro cosillas de nada: un par de puerros, unas patatas, unas gambitas, cuarto de jamón de york, y se acabó. En definitiva, una millonaria aparente.

–Los duros de ahora son como gigantes aparentes– argumentaba Doña Tecla en un tono jocosos a sus amigos del mercado, limpiándose sus pesadas lentes –de lejos parecen mucho, pero a la hora de la verdad no cunden nada. Me gustaban más aquellos duros de plata de cuando era niña.

No. No estaba especialmente interesada –como su familia– en el decreciente valor del dinero. Lo que de verdad le tenía cautivada era la propia vida del mercado. El bullicio, la gente, el ruido, los olores y colores... La milenaria práctica del regateo; la increíble audacia y sutileza de los vendedores para atrapar al comprador; los cálculos de los parroquianos para estirar el dinero; las diferentes actitudes entre hombres y mujeres, jóvenes y ancianos ante el hecho de comprar.

Eso era lo cautivador, lo realmente vivo y presente a lo largo del tiempo. El corazón mismo de la ciudad, desde donde se lanzan todos los impulsos vitales, y donde se arriesga hasta la última gota de sangre para poder llegar a fin de mes.

Su mercado era especial. Durante su vida había estado en muchos pueblos y ciudades; y se había adentrado y penetrado en la esencia de cada uno de sus mercados, porque su pasión venía de antaño.

En cada mercado había encontrado algo peculiar y atractivo. Pero, como este mercado no había encontrado ninguno. Lo tenía todo. Y es que hay que aclarar que no era sólo un mercado, eran varios: el de arriba y el de abajo de los jueves, el de los sábados y el de diario.

El que más le gustaba era el de los jueves: el que conservaba las formas y tradiciones del siglo XV; cuando se crearon en su ciudad las ferias y mercados por las fiestas de San Pedro y de San Juan, y cuando Enrique IV otorgó licencias y privilegios a los mercaderes para ejercer en plazas y calles.



La ciudad en 1440 tenía claramente diferenciada la parte de arriba (en la que incluso había puertas de acceso), y la parte de abajo. Arriba vivían la realeza, la nobleza y el clero. Abajo, el pueblo llano. Arriba, el mercado de la Plaza Mayor; abajo, el mercado chico o Azogüejo.

Doña Tecla, cada jueves iba al mercado de arriba, instalado en las antiguas dependencias del palacio real. Allí pasaba horas entre frutas y verduras, piezas de vacas, y cajas de sardinas, merluzas o besugos.

La hipnotizaban los ojos de los besugos. Los miraba fijamente, como si quisiera ver desde el otro lado, desde el lado del besugo. Luego bajaba al mercado de los ganaderos, en la plaza del Azogüejo, para observar como los productores pactaban sus compras sin ver al ganado —ya que es un mercado sin mercancías— y sellaban sus acuerdos con un apretón de manos.

—¡Curioso mercado éste, donde la palabra es ley!— se admiraba Doña Tecla.

Aquel jueves no sólo llegaron los paisanos con sus cestos de frutas, verduras, especias, quesos y demás, sino que también llegaron los especialistas en cultivos de subvenciones, en cosechas de patrocinios y en enchufes de alto voltaje. Estaban a la entrada del mercado, al pie del torreón del Obispo Arias Dávila, aquel que en su día tenía tan buenas relaciones con la corte, especialmente con la reina Doña Juana cuando al rey —Enrique IV— le daba por vestirse a la mora.

Con ellos habían llegado unos nuevos artilugios: las videocámaras de vigilancia ciudadana, conectados a una red internacional multimedia, multifunción y multipuesto. Había equipos por todas partes dispuestos a atrapar hasta el último hálito de los ciudadanos, en defensa de sus derechos.

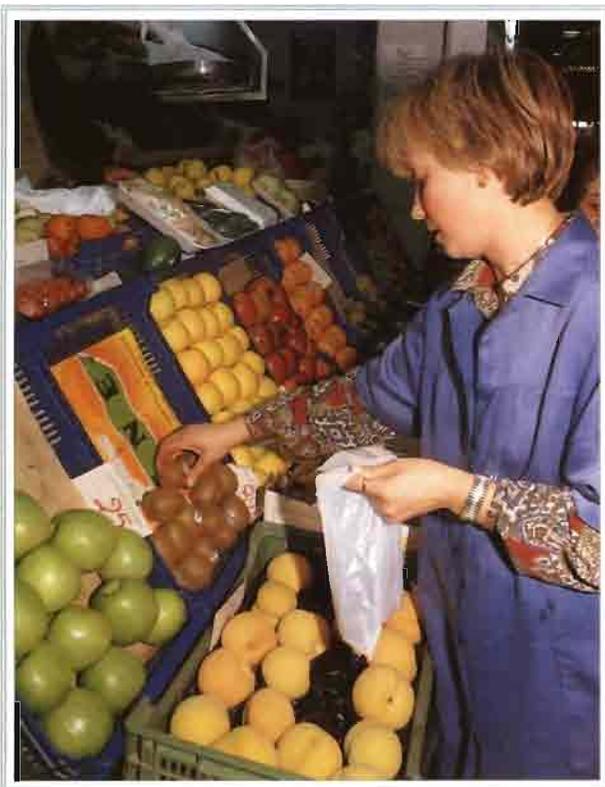
Doña Tecla, asustada por la noticia, llegó con el paso prieto y resoplón. A pesar del miedo no quería perderse nada: ni un posible enchufe, ni un posible contacto, ni una posible conexión.

Se acercó lentamente a una cámara. Se enfrentó al objetivo mirando fijamente, como si quisiera ver desde el otro lado. Alargó la cabeza, luego el cuello, luego el cuerpo, luego la piernas y, finalmente, dio un pasito adelante. Se puso pegada al aparato. Ojo con ojo, lente con lente. Agarró el equipo hasta que sintió como las dos lentes —las suyas y las del equipo— se fundían y era absorbida por el cañón del objetivo. La cámara se la tragó.

Quién no haya sentido el corazón en la boca del estómago esperando un milagro, o quien no haya llorado de impotencia y desolación, no podrá comprender lo que sintió Doña Tecla al pasar del negro al amarillo, de la oscuridad a la luz en un instante. Y vio desde el otro lado. Y visionó todo lo grabado. Ahí estaba ella, su imagen, su cara, su boca, sus amígdalas, su aparato digestivo... Todo.

—¡¡Jesús, si lo filman todo!! ¡¡mis intimidades al descubierto!! ¿Dónde están mis derechos ciudadanos? ¡A galeras, a galeras con los responsables!— bramaba indignada.

A medida que su imagen iba quedando en segundo plano, se iba interesando más por las historias filma-



das de otros conocidos. Por ejemplo, los negocietes de los paisanos del mercado con parroquianos y funcionarios. La entrada bulliciosa de los niños a los colegios y los pescozones de los maestros. Los atascos de tráfico en la plaza Mayor y las multas de los guardias. Las huelgas y manifestaciones a la entrada de la fábrica y en el gran hospital. Las fiestas de los partidos políticos y los discursos impactantes. Las declaraciones de los gobernantes. Y más y más información. Cientos de cintas.

Doña Tecla se preguntaba para que valían todos esos datos y quién estaría detrás manejándolos.

—¿Tendrán suficiente cabeza y conocimiento para usarlos adecuadamente?— se preguntaba con cierta desazón. —¿No los borrarán nunca? ¿Y si los mezclan todos? Tengo que preguntárselo a mi nieto.

No sospechaba que detrás había toda una infraestructura: los bit-ojeadores, los limpiadores análogo-digitales, los sensores megaplastas, los procesadores multimedia y un ejército de mandos intermedios. Pero, ¿quién era el cerebro pensante de todo ello?... ¿Y si a este se le fundían los cables? ¿Habría transparencia en el manejo de datos? ¿Y el libre acceso del ciudadano para reivindicar el derecho a su intimidad y privacidad? ¿Se podría reclamar al Defensor del Pueblo?

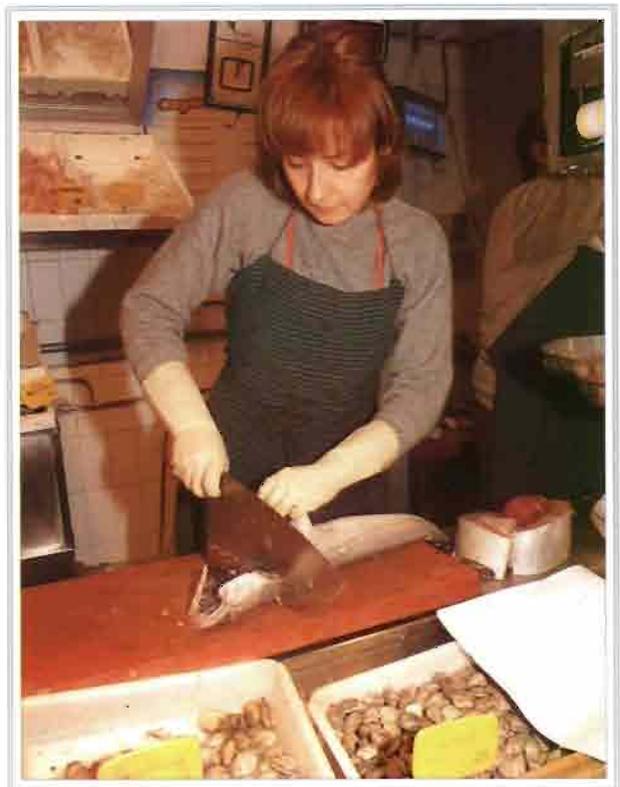
Era un buen equipo el de las videocámaras. Ajustando botones y tecleando adecuadamente se podía avanzar o retroceder en el tiempo tantos años como se quisiera, como en la máquina del tiempo de H.G. Wells. También permitía alejar o aumentar las imágenes hasta 500 veces, e incluso llegar a visualizar el halo de las personas atrapadas por el objetivo. Doña Tecla estaba sobrecogida.

Allí estaba la vida de su ciudad, de las ciudades, del país entero. ¡Había tantos datos circulando de nodo de grabación a centro de tratamiento, y de centro de tratamiento a centro de observación y control, que se navegaba por las autopistas de la información con ciertas apreturas!

La vida pública y privada convertida en señales empaquetadas, congeladas, diseccionadas y archivadas. El equipo multimedia era tan sofisticado que junto con las imágenes en movimiento habían capturado también colores, olores, sensaciones e incluso pensamientos de todos y de todo.

El impulso de las señales era muy fuerte. Doña Tecla no tenía más remedio que seguir navegando. Con las manos en la cabeza —para no perder las ideas— y vociferando ¡A galeras, a galeras! llegó a un nodo donde había varios menús en cascada. Tenía que elegir. Se paró y leyó: Internet, intranet, páginas WEB, sistemas georreferenciados, ciudades digitalizadas, compras automatizadas, redes neuronales con bases de datos relacionales... Apretó una tecla al azar, para ella cualquier destino era desmedido e incomprensible. Retrocedió 500 años en el tiempo y se encontró en pleno siglo XV. Estaba en el palacio de verano de Enrique IV, en el lugar exacto donde ahora estaba el mercado de los jueves.

Por mucho que se intente adentrar en las profundidades del alma, las pasiones humanas son inexplica-



MERCADOS/LITERATURAS



bles. Por eso es difícil explicar el asombro de Doña Tecla al enfrentarse, cara a cara, con el autor del origen de su mercado.

Allí estaba el mismísimo rey Enrique IV, con aspecto de león y oliendo un poco a selvático. Estaba en uno de sus múltiples patios árabes en su palacio segoviano de mercado estilo mudéjar. Vestía con turbante y chilaba de seda y calzaba babuchas de raso bordadas. Acababa de despachar con su valido y favorito Juan de Pacheco una misiva real: la entrega de las licencias para el mercado de la plaza Mayor a los ganaderos de la Mesta y a los agricultores castellanos. Encima de la mesa tenía unos planos. Con un grupo de consejeros estaba trazando las distintas vías pecuarias castellano-leonesas.

–Si mueves la traza un poquito hacia la izquierda, revalorizarías mis terrenos. Bueno, nuestros terrenos– matizaba sutilmente un terrateniente al regidor de turno.

El palacio reflejaba todos los gustos y debilidades de este monarca: jardines y plantas exóticas, armas y trofeos de caza, lujosa decoración oriental, narguiles de hachis, harem de eunucos, y un largo etcétera.

Doña Tecla, al cabo de un rato no sabía si había entrado en un cine, si estaba realmente en 1450, o estaba delante de un libro de historia.

–¿Es esto real o me lo estoy inventando?– se preguntaba pellizcándose cuello y brazos para sentir que estaba viva. Desde su privilegiada situación veía, olía, e incluso leía los pensamientos de la gente. –¡Esto no es para mi. Es demasiado!–

El mercado de los jueves seguía allí, con su dinámica. Con su entrada y venta de mercancías. Con sus voces de reclamo.

–Carne de vaca segoviana. Vaca cuerda... ¡las locas, para los ingleses!–

–¿A cuanto el kilo de filetes?–

–Más barato que el pollo, señora. ¿Cuántos le pongo?–

–Que barbaridad, las sardinas más caras que el salmón.–

–Señora, ¿es que no sabe que cada vez tenemos más problemas con nuestros caladeros?–

–Y este bonito, ¿es de nuestros pesqueros o de los franceses? ¿Es que también hemos perdido esos caladeros? ¡Vaya negociación!–

–Perfumes, perfumes de Petra, incienso del Yemen, sedas de la China!!!!–

–¿De verdad que lo trae Vd. de esos países?–

–Claro, hombre, claro.–

–Pues tendrían que valer una fortuna, y están a calderilla.–

–¿Y los ajos de donde vienen, que cada vez son más pequeños y caros?–

–No se queje señora, que hoy tengo un aceite puro de oliva más barato que el de hace un mes.–

–Ya era hora, porque con tanta subida no sé adonde íbamos a llegar. Anda, que vamos bien. Con eso de reducir los presupuestos para llegar a Maastricht nos fríen a impuestos. Desde luego, que están hechos un lío. Y yo me pregunto, ¿Es que no tienen imaginación para otra cosa que para doblarnos a impuestos?. Impuestos por circular, impuestos por el agua, impuestos por las recetas. Nos van a cobrar hasta por abrir la boca.–

Lentamente se fue apartando del objetivo de la videocámara. Dejó el palacio real con sus palmeras, papayos, flamencos, leones y unicornios dorados. Dejó el palacio de la reina

con sus fiestas, cortesanos, regidores y malcontentos. Dejó las calles, las plazas, las callejuelas... Dejó las redes telemáticas, los hosts centrales, los nodos de transferencias y los centros de control. Dejó las microfichas, las cintas, los archivos secretos, las huellas digitales informatizadas y las voces digitalizadas.

¡Tanta tecnología no era para ella!

En su recorrido informático se dio cuenta de las muchas cosas que había pendientes por resolver: el paro, la educación, la sanidad, la productividad, la competitividad, el medio ambiente, las drogas, la vivienda, la ética, la solidaridad...

—¡No entiendo nada! Ya soy muy mayor para todo esto. A mi que me dejen en paz y que no me saquen en pantalla.—

Era de nuevo jueves. Llegaron los paisanos con sus mercancías. Doña Tecla, bien abrigada con sus botas de invierno y su toquilla de lana se adentraba de nuevo en el mercado. Compró unas chuletitas, una rodaja de merluza, unas judías verdes y un poco de fruta. También compró una camiseta de algodón y unas zapatillas calentitas para poco trajinar.

Entró en su casa y, sin sacar las cosas del capacho ni quitarse el abrigo, tapó con su toquilla el ordenador del nieto. Enchufó la tele. (—¡A cada cual lo suyo!— pensó). Se tumbó en su sillón y se quedó dormida. ■

M^a ANTONIA CASTRO
PERIODISTA

LOS MERCADOS DE SEGOVIA



Los martes y jueves de cada semana se celebra el Mercado en las proximidades de la plaza Mayor de Segovia. Un lugar histórico por debajo de cuyo pavimento pasa la conducción del Acueducto hasta la plaza de la Reina D^a Juana, popularmente conocida como la plaza de las Arquetas.

Este Mercado se extiende también por la plaza de los Huertos, donde estaba la antigua almunia, jardín exótico del palacio de Enrique IV, y por la calle Ildelfonso Rodríguez, en la que hay varios puestos fijos (carnicería, pescadería, etc...), que están enclaustrados en el muro del palacio de Enrique IV, del que sólo queda el llamado "Corral de los Leones" y la plaza de los Espejos.



Los jueves sigue celebrándose el Mercado de los Ganaderos, al pie del Acueducto, en la plaza del Azoguejo. Comienza a media mañana, con asistencia casi exclusiva de hombres —vestidos de forma impecable— que negocian en grupos pequeños (3/4 personas), de pie, y sin que aparezca ni una sola pieza de ganado. Los acuerdos se pactan verbalmente, y se sellan con un apretón de manos.

En Segovia, además de 8 grandes superficies en las afueras de la ciudad, hay también un Mercado Municipal de Abastos. Es un edificio singular, construido hace diez años. Está en uno de los barrios nuevos de Segovia, entrando por la carretera de La Granja.